



La reina

Bogotá, enero de 2004

Fernando Iriarte Martínez

Ella se volteó y él, a quien le decían el Capitán Truandó, pudo apreciar la maravilla: un nalgatorio digno de Cánovas, o de Darío Morales, si a este le hubiera complacido pintar de espaldas y no de frente a sus mujeres desnudas. La visión fue acompañada de varias sensaciones: olor a níspero maduro, un ramalazo de calor del río Atrato y sonido de viento marino. ¡Cosas de la imaginación!

Su erección se volvió metálica; Priapo, en su lugar, hubiera temblado de puro gusto. Sintió como si el crispamiento se le regara por el cuerpo. Estuvo a punto de convertirse en un animal que saltaba sobre ella, pero se contuvo, tal como hacía en las incursiones de castigo bajo su mando, en los pueblos todavía no intimidados ni sometidos, cuando lograba congelar la furia que lo incitaba a entrar disparando contra cualquier persona que se moviera o que simplemente le ofreciera un blanco, y en cambio era capaz de esperar el momento para atacar con mayor crueldad. También en este caso, sudó de impaciencia.

Ella se movió en la habitación, siempre con la cara hacia la pared, poniendo varias cosas en su lugar: el que les tenía destinado cada día, según sus intuiciones. Prendió dos veladoras y colocó una en la repisa de San Ezequiel Moreno y otra en la del Beato José Gregorio. Se lo había recomendado una amiga de La Tebaida, Quindío, que desapareció en el terremoto del año noventa y nueve. Después levantó los brazos al cielo raso y murmuró algo incomprensible, en la lengua de los negros del palenque de San Basilio, hablada por su abuela y aprendida por ella cuando era niña, antes de que se desarrollara su larga cadena de desgracias. Finalmente, puso magnolias en un jarrón de plástico, burdo y enorme.

Cuando se volteó en dirección de la cama, con un hisopo en la mano y una rosa blanca en el cabello, regando hacia todos lados el agua mágica de una calabaza, regalo de la santandereana de la pieza vecina, el hombre, más que sobresaltarse por las gotas frías de agua florida¹ que mojaban su cuerpo, se sintió repentinamente perforado por agujeros de lujuria en crudo.

No podía creer en los senos recios que tenía la muchacha, suaves y oscilantes; tampoco en los hombros redondeados, de tótem construido en madera de Kativo; ni en los dedos de las manos, de organista de jazz; ni en los muslos plenos ni en las pantorrillas elásticas de nadadora olímpica. Pero reconocía innegables su cuello largo y elegante, como el de las mujeres somalíes recogedoras de incienso de las montañas de Guban, y su pubis negro sobre negro, con una flor roja central, desafiante y viva por sí misma, como si constituyera una presencia separada de su dueña.

El hombre, incorporado sobre el colchón, lloró de ansias y la llamó con voz ronca por el deseo; le tendió de manera inconsciente las manos suplicantes, con los ojos enajenados y la percepción en consonancia con el rodar del mundo, a pesar de su bellaquería.

¹ ¡Si hubiera sabido la verdad de las guerras floridas!

En realidad el maldito, allí tendido, no merecía tanto, pero había pagado por tener ese momento y pensaba que sí, y es de suponer que cualquiera con al menos la mitad del sentido común intacto tampoco hubiera podido pensar distinto. Sentía de verdad y en grande, y esos son dones que la vida da sin mirar a quién, aún a los protegidos del demonio.

Por último, la negra dejó el hisopo y avanzó hacia el “capitán”. Sus movimientos de gacela adulta, su corporeidad rotunda, no revelaban ansiedad; sin embargo, se acercó resuelta y lo tendió en la cama de un solo empujón.

Evitando —por inútiles— que aparecieran las palabras, se movió para ponerse debajo del hombre, abrió su sexo y lo incitó a que la penetrara. El personaje hubiera querido morir allí mismo a manera de respuesta, apenas en un instante, como un semental gozoso al que lo trasciende su propio falo, pero la hembra se movió antes como un desbordamiento de la naturaleza, porque era demasiado para él, y el bruto no tuvo más remedio que disolverse en la humedad de ella.

La muchacha permaneció atenta por varios minutos, como si fuera otra la que actuara, y no paró de observar con atención al macho que tenía encima, con los músculos cada vez más laxos, hasta comprobar que se tendía a su lado.

Cuando por fin se le cerraron los ojos de cansancio y se durmió, lo vio como a un bulto de tela sudada y maloliente. No le parecía que fuera el mismo individuo siniestro al que mil personas paralizadas por la impotencia habían aceptado en el pasado como si fuera el amo.

Entonces, a pesar de estar despierta, y mientras escapaba de la pieza a toda prisa, la mujer volvió a tener la pesadilla.

La tarde en la que iban huyendo, en la primera huida, lo que más había sorprendido a Ermensia fue lo duro que se escuchaba el ruido de los árboles al quebrarse, el crujir de los robles que estaban

siendo cortados por los taladores y que luego serían almacenados en los enormes barcos de carga en alguna playa del Pacífico con rumbo al Japón. Sonaban como tiros de fusil. Conocía ya esos tiros. Los había sufrido directamente hacía poco en el caserío, cuando aparecieron los agresores vestidos de soldados y amenazaron con que, si no se marchaban de una vez, los matarían.

No le gustaba recordar, pero era algo que no tenía remedio. Las imágenes iban y volvían sin llamarlas. Aunque muchos en el pueblo alegaron que no tenían nada que ver con la guerra, de todos modos los asesinaron sin comprobar si eran o no auxiliares del enemigo. Es cierto que cayeron algunos que estaban comprometidos, pero la mayoría eran sólo campesinos. Si acaso, familiares de alzados, pero ningún hombre realmente en armas. A los que sin saber por qué sobrevivieron al ataque, les dio mucho coraje ver a tantas personas despatarradas en medio de charcos de sangre como si fueran animales, carne de monte que se iba a podrir sin que nadie la enterrara.

La huida tenía su razón, sabían que selva adentro la situación era diferente. Allí no era fácil que cogieran a nadie porque los que de verdad conocían el terreno eran ellos, que desde hacía años habitaban la zona. Los otros, los recién llegados, se habían limitado a irrumpir en lanchas de motor que metieron por el río para aterrorizar a los habitantes, a los “vivos”, como decían. Panamá estaba del otro lado y caminando algunos días hacia el norte encontrarían la salvación del mar Caribe.

Debido a eso, la madre y las tres hijas tomaron con los demás el derrotero de la selva y del norte, que atravesaba la serranía del Alto Baudó por un paso franqueable, pensando que los agresores habían venido por mar, desde el sur y no sabrían seguirlas. A pesar de la precaución, las escoltó amenazante el grupo de fantasmas letales de los helicópteros silenciosos que provenían de la Zona del Canal, semejantes a naves interplanetarias con sus luces cegadoras. Las acecharon

durante todo el trayecto, a ellas y a las más de doscientas personas que escapaban de la muerte. Algunos creyeron, en medio de esta nueva persecución, que sólo habían conservado la vida en el poblado para ir a morir al otro mar, ametrallados desde el aire.

Eran conscientes de que hay gran peligro cuando se camina por el monte tupido, en especial si llueve buena parte del día, todos los días, como ocurre desde siempre en los fangales del Darién. Sólo que no tenían otra opción. No se trataba de los jaguares ni de las flechas envenenadas de los indígenas, como le sucedió a los soldados de España en el siglo dieciséis, que atravesaron el istmo en cotas de malla inverosímiles; tampoco de los mosquitos a los que, de alguna manera, estaban acostumbrados. El problema verdadero eran las serpientes, los cenagales, las plantas venenosas y los malos espíritus, y hasta los sapos diminutos que exudan una leche mortífera cuando son pisados. Para ese líquido, decían los antiguos, no hay remedio en este mundo y posiblemente tampoco en el otro.

Aceptaron al guía viejo que les prometió que los llevaría lejos de la confrontación. Muchos habían llegado años atrás desde la Costa Atlántica, pero la mayoría provenía del Atrato medio y, antes, del Atrato alto, de manera que no conocían del todo el territorio. Los colonos del Atlántico, además, cuando aparecieron, gastaron su tiempo viajando en canoas de río en río, y casi nunca se metieron directamente al monte. Ahora, contra su voluntad y por miedo a la muerte, se vieron obligados a guarecerse entre la montaña. Un entresijo vegetal donde era necesario, cada cierto tiempo, abrir trocha a medida que caminaban. Y eran más de dos centenares de personas, que incluían ancianos y niños que retrasaban la marcha.

Tres o cuatro veces toparon con aborígenes *emбера*; los saludaron, porque ahora todos eran conocidos y hasta amigos, mancomunados en oponerse a la construcción de la vía que pretendía unir a Nueva York con la tierra patagónica.

Los indígenas sabían —y ellos lo habían aprendido— que lo que haría la carretera sería destruir el viejo camino vegetal, acabarlo por completo y ya nunca nadie podría conocer esa selva sobrenatural, porque no existiría. Todos pensaban que quizá los disfrazados de militares tenían interés en que ese mal proyecto se hiciera realidad, de acuerdo con sus intereses retorcidos.

Los últimos en salir del pueblo sirvieron de testigos del remate de su catástrofe, y eso explicaba que fueran los más callados y los que andaban más rápido: los agresores uniformados como cualquier ejército, prendieron fuego a lo que quedaba. No tomaron nada, dentro de lo poco que había que tomar, porque no iban por eso. Al terminar, apilaron los muertos y también los quemaron en una pira hecha de cualquier manera. Una mujer grabó aquello con su cámara y lo envió por satélite a algún centro de distribución para que fuera retransmitido en la TV por cable o quizá en directo. Luego, escaparon por donde habían iniciado la invasión, pero ya no quedaba nadie para verlos partir.

Los campesinos que huían lo hacían sin ganas. Atrás quedaba lo que les importaba: tres lustros de trabajo y el lugar donde los más jóvenes nacieron, la tierra que habían logrado. Tenían que ir avisando a los aserradores, porque todos vivían en las cercanías y eran parientes. Siempre era un momento penoso cuando preguntaban: ¿Por qué están aquí? ¿Por qué se vinieron todos? Y era más duro luego, al explicar el absurdo y proponerles que caminaran ellos también en la fila de desgraciados. Entendedores de que los había alcanzado la macabra, apagaban entonces las sierras, las empacaban y se sumaban a la procesión.

Ermensia tenía diez años en el tiempo de esa primera huída y recordaba todo, pero como si no hubiera realmente hecho el mismo camino que los otros. Sus hermanas menores casi no retenían nada, apenas la idea de haber sufrido por hambre, por los bichos y por la incomodidad. La madre, por el contrario, tenía más presente esa

primera etapa que las demás, que le parecieron continuaciones. No podía olvidar los ahogados, los que se perdieron por quedarse atrás y nunca más aparecieron, los que fueron mordidos por las víboras y, en especial, el guía, que era su tío y que las tuvo siempre cerca y veló por ellas hasta la otra aldea, donde llegaron como espíritus selváticos invocados por los jaibanás.

De ese primer arribo, que no era más que un lugar de paso, corregimiento para turistas de los que acampan y reniegan de los hoteles, con una playa limpia de varios kilómetros a lo largo del río Salaquí, fueron trasladados enfrente, a un municipio que llaman Río Sucio, en el lugar donde ese río desemboca en el Atrato.

Debieron sumar dos días a los quince que llevaban caminando, tiempo necesario para que el dueño de las cabañas a donde se dirigían informara el hecho a las autoridades de la capital del Urabá, es decir, Apartadó. Allí no le creyeron lo de las doscientas personas refugiadas en su pequeña propiedad; al principio no lo hicieron. Pero él insistió e insistió hasta lograr que fueran a comprobar lo que decía. Tiempo después, unos comisionados arribaron en helicópteros y vieron que era cierto y entonces, sólo entonces, entraron los periodistas y el país y el mundo vinieron a conocer que también en esas selvas remotas, perdidas de Dios, vivía gente hostilizada por los actores de la guerra.

En Río Sucio terminaron sabiendo que los desplazamientos ocurrían por todas partes y que el problema iba en aumento; que ellos no eran los únicos en llegar, y que los iban a alojar en la iglesia cristiana —la de los evangélicos— porque la católica ya estaba llena con los echados del valle del Quipará. Otros seiscientos.

En cierto modo, Ermensia no tuvo miedo, como el que a veces experimenta ahora. Tenía en ese tiempo confianza en su madre y en su tío y ni idea de lo que iría a suceder después. La madre misma decía que las autoridades harían algo y

luego podrían regresar. Esas tierras eran buenas y el padre de sus hijas había trabajado para asegurar su parte. No le había robado a nadie ni tampoco a nadie había tramado para quitárselas. El hombre terminó por irse a Panamá y no regresar nunca, pero esas hectáreas eran sin discusión de ella y de sus hijas. Todos lo sabían y respetaban. Los malditos uniformados ilegales probablemente no regresarían, decía la madre. ¿Quién querría volver a esos sitios perdidos? Lo que hicieron quizá lo realizaron por venganza con los que consideraban familiares de los alzados y iya estaban vengados! ¿Qué más podían pretender?

Sólo había atormentado a la niña negra, en ese entonces, que su abuela, la tumba de su abuela, se llenara de maleza, crecieran árboles encima y fuera imposible reconocerla. Los vivos no saben la tristeza tan grande que invade a los muertos que quedan botados, sin oraciones y sin visitas, para siempre jamás. Hasta era posible que se le presentara de ahora en adelante, en sueños o en espíritu, pidiéndole que le hiciera un entierro nuevo. Habían sido muy amigas; era la madre de su padre y desde que éste se fue para no volver, la vieja se sintió muy sola. Su nuera no la iba con ella y Ermensia era la nieta mayor. La anciana nunca tuvo buena salud y murió tres años después de la desaparición del hijo, pero alcanzó a enseñar a la nieta parte de los conocimientos heredados de muchos siglos, repetidos de boca en boca en San Basilio, en el departamento de Bolívar, donde todavía hablaban rezagos de una vieja lengua bantú. Ella, Ermensia, añoraba todavía esos cuentos y se sentía orgullosa de también llamarse Julia por la abuela y por nadie más. Tras su salida apresurada de la habitación, mientras iba en busca del que consideraba su verdadero hombre —pues era ese el motivo de su escape—, muy diferente de los que no veía sino como simples clientes, el recuerdo sólo le duró un minuto a la puta a quien le decían “la reina”, fue un sueño instantáneo desatado por la rabia. El llamado Truandó —que ahora dormía borracho en la cama de Ermensia— había aparecido en el prostíbulo como por casualidad, pero ya

la conocía bien. Preguntó por ella a propósito, sin decirle nada, y se le acercó como si no la hubiera visto nunca, para que ella, con exclusividad y durante toda la noche, por un pago que quizá fuera el más grande que le hubieran ofrecido nunca, se le entregara sin prevención ninguna. Por vanidad, no le extrañó que fuera la mujer quien lo invitara al cuarto. Aunque por lo regular hacía lo contrario, no intervino para apresurarla cuando ella se desvistió y empezó sus rituales africanos. Luego creyó permitirle que lo aprisionara entre sus piernas de prodigio. De algún modo, mantuvo su control y el de todo cuanto ocurría, pero cuando estuvo ya doblado por el acto lúbrico y por el ron, su conciencia no intervino para nada y ni siquiera se enteró de que la muchacha había salido sin permiso.

El mentado “capitán” la había descubierto en una de sus incursiones al centro de la ciudad, a pesar de estar recién llegado. Los irregulares de los que formaba parte estaban desplazando sus operaciones a las zonas urbanas y en cierto modo él realizaba movimientos de reconocimiento. Sin embargo, el caso no era sino que le gustaban al mismo tiempo las putas y las negras, de modo que a ella, que era puta y negra, la convirtió en su objetivo personal. Por interés y por rutina ordenó que la siguieran. Le informaron que vivía en un sitio corriente donde él no enfrentaría ningún peligro, por si quería frecuentarla. De inmediato, dispuso que al día siguiente lo llevaran hasta el bar y lo dejaran solo. No arriesgaba nada, llamaría más la atención si la llevaba a otra parte.

Confió en la compañía de un solo escolta, pero el destino es insondable y no se le puede cambiar: pronto estuvo nadando en la falta de discernimiento de la borrachera, y el escolta, convencido de que también tenía derecho a disfrutar, gozaba con una mulata desteñida.

Podría haber parecido cualquier otra cosa pero, al salir, lo que hizo la puta fue ir a rogarle al “marido” —sin explicación de por medio— que matara al cliente que ahora roncaba en su cuarto. Se lo pidió como un favor, llorando y con

convencimiento. El “marido”, acostumbrado a todo, ni se inmutó, conocedor de los impulsos inmaduros de las prostitutas que no habían terminado de crecer.

Argumentó que no pensaba armar problemas, que no tenía nada contra nadie y menos contra quien ni siquiera conocía. No quiso escuchar las razones de ella, aunque de seguro las tendría, pero aparentó interés:

- ¿No quiere pagar?, ¿es eso? –Preguntó. –Porque si es así...
- No, no es eso, ya me pagó –Aclaró ella. –Es otra cosa.
- ¿Está dormido? –insistió, queriendo complacerla de algún modo.
- Sí.
- Entonces podremos hacer algo en la madrugada.

Ermensia no le aclaró que el durmiente tenía acompañante ni que debería cuidarse. No lo hizo porque, de nuevo, se le agolparon los recuerdos, más duros, más violentos.

Del pueblo de Río Sucio, a donde habían llegado en el primer desplazamiento, su madre fue a quedarse, en compañía del viejo tío, en el corregimiento de Dató, en unas tierras trabajadas en compañía del dueño. Ninguna autoridad les dijo que lo hicieran; simplemente lo prefirieron a permanecer días y meses esperando una ayuda oficial que nunca aparecería. Les fue bien, pudieron trabajar tres años y levantar un rancho nuevo. Pero entonces volvieron a llegar los hombres armados vestidos de militares, al mando de uno que le decían Capitán Truandó. Era la maldad suelta, mataba y ordenaba matar por cualquier cosa y le complacía torturar. Primero, sus hombres masacraron treinta campesinos, sin más ni más. Después cortaron en pedazos, con motosierra, una familia entera, los Saucedo. Más tarde, mandó que se metieran con las mujeres.

Como enviado por el destino, apareció el padre tras una tortuosa indagación que lo llevó al lugar

preciso. Había sabido en Panamá, por boca de los exiliados, lo que le sucedió a ellas en el lugar de origen y le remordió la conciencia. No era malo del todo. La madre volvió a aceptarlo a regañadientes. Parecía que las cosas iban a mejorar, pero llegó en el peor momento: cuando ya el tal Truandó estaba al mando de todas las desgracias.

Fue no más esperar que pasaran unas semanas para que Ermensia Julia, su madre y sus hermanas sintieran el horror, la más profunda pena y el odio más ciego, todo de una vez. Los irregulares les pusieron el ojo encima y una tarde amarraron al padre y al tío en los horcones de una cerca, frente al rancho. Sin dar razones, sacaron a la madre y la violaron por turnos, de modo que terminó por perder el conocimiento. A las niñas, riéndose, las desvirgó un negro alto, que olía como un pozo séptico. Al rato, llegó el que le decían Capitán y dispuso que cortaran las cabezas a los hombres y se las echaran a los perros. Finalmente, cuando todos se habían ido, se acercó una mujer uniformada que descarnó los cadáveres con un cuchillo de monte hasta que se les vio el esqueleto; le decían “la doctora”.

Lo demás sucedió más bien rápido. Las cuatro mujeres regresaron a Río Sucio; de Río Sucio siguieron a Medellín en un helicóptero de la Cruz Roja, y de allí, auxiliadas por religiosos, fueron a parar a Bogotá varios meses más tarde, donde se desesperaron entre los grupos y organizaciones de refugiados que hacían tomas de edificios públicos y terminaban pidiendo limosna a los transeúntes.

La madre sabía cocinar, de manera que obtuvo trabajo en un restaurante propiedad de una izquierdista que, además, permitió que vivieran en los altos del establecimiento, apeñuscadas en una sola pieza. Los habituales del lugar se acostumbraron durante un tiempo a ver a la madre, una negra de casi dos metros de estatura, afanándose en los fogones y agregando sazón a las comidas, mientras las hijas hacían de meseras, cada vez más hembras hechas y derechas —por-

que las descendientes de africanas maduran jóvenes— y atrayendo las miradas masculinas.

Desafortunadamente, vivían al borde de la miseria en una ciudad enorme que ofrecía por todas partes productos apetecibles: vestidos y zapatos finos, aparatos para escuchar música, perfumes y joyas. Todo ello fuera del alcance de las que más lo ansiaban; sobre todo, adolescentes venidas de muy lejos y desprovistas hasta de lo elemental.

La misma Ermensia Julia se enteró de que pocos se asombraron cuando la dueña del restaurante contó a sus amigos cercanos y comensales más conocidos que si bien la negra cocinera seguía trabajando allí, había dejado de ver a las muchachas, de doce, trece y quince años, porque ahora trabajaban de putas. Que la más pequeña había sido reportada en numerosas ocasiones al Instituto de Bienestar Familiar, pero siempre se escapaba. Que a la más grande le decían “la reina” en el barrio de La Alameda, uno de los más pervertidos del Centro. Y que la intermedia no hacía sino repetir que quería irse con la Yakusa, al otro lado del mundo.

Al tiempo que la muchacha negra hablaba con su hombre, Truandó soñaba confusiones en una habitación desconocida para él, aunque cuando entró le hubiera valido mucho ser observador. ¿Pero quién detalla nada que no sea a la muchacha, a la propia Ermensia Julia, si la tiene enfrente?

De mirar, se habría fijado en que existía una fotografía de Apartadó y esa hubiera sido su señal de alerta. El escenario semejava el cuarto de una casa de un pueblo de Urabá, pero hacía frío, de verdad mucho frío. Había flores e imágenes de santos y paisajes de viejos calendarios pegados en las paredes, así como una mesa pequeña y una silla desvencijada en un rincón. La cama vestía colchas de colorines. La puerta era de madera vieja, como trasladada de una demolición. A manera de signo de los tiempos, completaba

la composición una vieja grabadora con reproductor de compactos, atada con gomas elásticas. Y colgando, recogida contra un ventanuco cerrado, se balanceaba una hamaca, lista para ser extendida cuando no hubiera clientes.

Mientras el remedo de comandante había permanecido en las manos de Ermensia, sin el auxilio del escolta, de verdad hubiera podido ser convertido en un despojo, un muerto más. Pero fue del azar que aquello no ocurriera.

La negra propuso matarlo, pero el “marido” no quiso hacerlo, sino apenas esquilmarlo, despojarlo a fondo de sus pertenencias y dejarlo tirado en una acera, con los calzoncillos por todo vestuario.

Hay que decir que no tenía por costumbre decidir lo que decidió. Procuraba respetar a los alquiladores de sus mujeres para no dañarles la reputación a ellas; sobre todo, tenía que cuidar la de ésta, que era recordable como ninguna otra a pesar de lo inexperta, pues podía decirse que tenía clientela propia. En realidad lo hizo para ofrecerle a la muchacha algún contento.

A las tres de la mañana llevó al Truandó —del que no sabía quién era y por tanto sin temer ninguna represalia— hasta la calle donde terminaba el puteadero, de modo que pareciera que había caminado por sus propios medios en plena borrachera. La idea era hacerle creer que había sido víctima de su exclusiva necedad y que por culpa de sí mismo había resultado en manos de los atracadores.

Antes, todavía en el cuarto, ella le había regado a Truandó en la cara parte del contenido de un spray con anestésico y el “marido” le requisó los bolsillos. No encontró mucho dinero, ni tarjetas

de cajero electrónico, ni joyas, sólo un Rolex y un teléfono móvil escondidos en una de las botas. Le respetó el calzado —las botas se las quitaron de verdad afuera— pero no la chaqueta de cuero negro, porque hacía algún tiempo que deseaba una.

Aquel cabrón, poco antes del amanecer, simplemente arrastró por el pasillo a la víctima dormida, primero hasta la calle y luego hasta la avenida. Realizado lo cual —como si hubiera cumplido el hecho más natural del mundo—, se metió con Ermensia en la hamaca y le mintió: le dijo que había asesinado al hombre.

Ella sintió que se le evaporaba de algún modo la pesadez que complicaba su corta vida y que a pesar de todas sus miserias también le estaban reservadas algunas recompensas.

Se opuso a que la venciera el cansancio, pero comenzó a adormecerse, mecida por la hamaca y protegida por los brazos del “marido”.

El “marido”, iluminado por el diablo, en el duermevela de ella, habló como pocas veces había hecho hasta entonces; llegó a contar historias del pueblo de Ermensia, completamente falsas, pues no lo conocía. Le confirmó en susurros lo bueno de haber vivido allí y lo feraz de la tierra y le habló de los bailes.

No mencionó al Truandó a propósito, a ver si la negra se olvidaba de él. Pero por seguridad trancó la pieza con una muleta vieja, que era más mobiliario que todo lo demás.

Antes de dormirse agregó que ella “en realidad de verdad” sí era una reina y que le importaba un carajo si los demás no le creían.